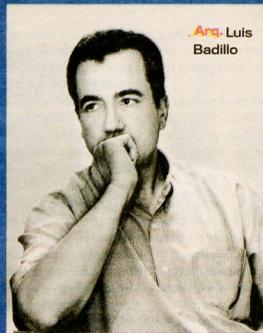




Entrada principal y vestíbulo del Dorado Hilton Hotel.

DORADO HILTON HOTEL
ENTRADA PRINCIPAL Y VESTÍBULO
ARQUITECTO: LEO KORNBLATH & ASSOCIATES



Arsu Luis Badillo

Desde la distancia, posado sobre aquel bello borde de Puerto Rico, el Hilton semejaba un gran buque flotando en la oscuridad, el cual iluminaba sus alrededores más íntimos.

Unas horas en Lavender

Por Arq. Luis V. Badillo / AIA, CAAPPR

Las 6:00 p.m. de un sábado de junio del 1975, estaba yo en la sala de casa, esperando a que me recogieran, cuando un suave toque de bocina, anunció la llegada del séquito familiar de mi "blind date".

Ya en el carro, la graduanda vestía un hermoso traje largo de "chiffon" color "lavender" tal y como me había adelantado por teléfono y el cual iría perfecto con mi etiqueta. Un

"tuxedo" de "polyester" que había escogido en un "lavender" tenue, precisamente para combinar con su vestido. Los botones y los "vivos" que enfatizaban aquellas amplias solapas, que casi me llegaban a los hombros, eran en una tonalidad más intensa del mismo color. Los "zapa-tacones" en charol, la ajustada faja y una camisa generosamente fruncida, junto al gran lazo de terciopelo color "lavender" a dos tonos, daban el toque final y completaban mi indumentaria para la noche.

En aquel pretencioso establecimiento donde había alquilado la etiqueta, también había encargado para mi pareja, un "corsage" blanco con los bordes de los pétalos sutilmente coloreados en "lavender" y con una cinta en el mismo color que sin esperar colocó entusiasmadamente en su muñeca. La madre, luciendo un exuberante peinado que casi no cabía en el carro y un colorido maquillaje en tonalidades de "lavender" buscaba amablemente conversación desde el asiento del pasajero. El padre, quien permanecía callado conduciendo serenamente, estaba en un estricto "negro y blanco" lo que me recordó al "smoking" que papá me había ofrecido unos días atrás y que yo había rechazado bajo el argumento de que me iban a confundir con uno de los camareros.

Nunca antes había estado en el Dorado Hilton. Apenas caía la noche cuando lentamente comenzamos a discurrir por el campo de golf hasta llegar a aquel hotel de bajo perfil que comenzaba a iluminarse y que por su geometría parecía recibirnos y recogerlos. Nos detuvimos bajo su amplia "marquesina" y luego de que nos abrieran las puertas y retiraran el automóvil, nos encaminábamos al vestíbulo. El vestíbulo era uno abierto y ajardinado, todo en él era movimiento y alegría. Su interior, definido con lo mínimo, resultaba en un espléndido "cobijo", una especie de exterior techado.

Prontamente mis acompañantes comenzaron a saludar a conocidos, mientras que yo, temporariamente ignorado, permanecía callado a un lado, explorando con la mirada aquel edificio abierto, que nada ocultaba y que a esa

hora de la tarde comenzaba a mutar de la informalidad cotidiana a un refinado ambiente tropical moderno. Los huéspedes discurrían casualmente elegantes, hacia el restaurante o el casino, mientras que a lo lejos desde la piscina se lograban escuchar risas de niños aún re-que-dados en el juego.

La velada transcurrió entre bailes al son de Salsa y conversaciones típicas de aquellos que apenas se conocen. Ya cuando las mesas, pobladas de vasos vacíos, comenzaban a despejarse, invité a mi pareja a caminar y cambiar de ambiente. El Hotel, mucho más silencioso a esa hora, era todo lo que había podido percibir a nuestra llegada. Un edificio abierto, hacedor de espacios y de ambientes diversos, que invitaba a caminarlo por sus galerías y terrazas sin restricciones. La playa a un lado, al otro la piscina y el golf en su frente, todos ordenados alrededor de aquella limpia estructura que con su transparencia consentía en que el entorno permeara y penetrara hasta alcanzar todos los rincones. Las cortinas de sus cuartos entre-abiertas, permitían escapar el resplandor de los televisores, lo que junto a las coloridas toallas que colgadas de los balcones jugaban con la brisa, improvisaban toda la decoración que hacía falta. Tal parecía que el arquitecto en su diseño creó las oportunidades para que las cosas ocurrieran sin dirigismos ni imposiciones, permitiendo así que el edificio cobrara vida propia y se transformase con el día, al pasar de las horas. Hasta el sonido de fondo, que todo lo abarcaba, era uno inconfundiblemente tropical. Un murmullo constante, compuesto por el zumbido del viento apretado en la



Vista del Dorado Hilton desde el área de la piscina.

DORADO HILTON HOTEL
VISTA DESDE AREA DE PISCINA
ARQUITECTO: LEO KORNBLATH & ASSOCIATES

arquitectura, el intenso movimiento de las palmeras, el batir de las olas de aquel mar oscuro, pero próximo y las múltiples, pero mesuradas conversaciones que de cuando en vez eran interrumpidas por alguna fuerte carcajada.

Al comenzar nuestro retorno, ya un poco alejados, me esforcé por dar un último vistazo al Hotel. Desde la distancia, posado sobre aquel bello borde de Puerto Rico, el Hilton semejaba un gran buque flotando en la oscuridad, el cual iluminaba sus alrededores más íntimos. En ese momento, sentí envidia de aquellos que tenían la fortuna de pernoctar esa noche y despertar en él al día siguiente. Fue entonces que la señora, algo soñolienta, se dirigió a su marido y apurando un bostezo, le comenta "encontré el hotel algo deteriorado" a lo que en voz baja, Harry le responde, "me dicen que está a punto de irse a la quiebra, parece que el Cerromar (el cual había abierto pocos años antes) le ha hecho daño"... "Qué pena, tanto que me gusta", susurró la señora. A partir de ese momento todos construimos un camino de regreso algo silencioso, como el que presiente que nunca va a regresar. El lunes siguiente, devolví mi peculiar "atuendo" para jamás, volver a alquilar una etiqueta y mucho menos en color "lavender". Algún tiempo después, aquel hermoso hotel moderno, saturado de un trópico auténtico, cerraría sus puertas para eventualmente ser demolido.

Recientemente he tenido la oportunidad de hospedarme en el nuevo hotel que hoy ubica en el mismo sector de Dorado, una caja cerrada, totalmente "climatizada" que a nada abre y con nada se relaciona y el cual intenta sin lograrlo, sustituir al desaparecido Dorado Hilton. Al deambular por esta nueva hospedería, con un evidente compromiso corporativo, desconectada de su entorno natural y cultural, e irrelevante en su aporte a nuestro acervo arquitectónico, se apodera de mí la nostalgia por el objeto perdido.

Aquel edificio de calidad, que nos regaló espacios y experiencias, aquel que al ser único nos hacía a todos un poco diferentes, aquel que sabía ser tropical en forma natural y no ficticia, aquel que con su sobriedad cedía el protagonismo al paisaje, aquel del que no necesitábamos salir porque estando dentro estábamos fuera. Extraño las mañanas que nunca llegué a vivir en él, porque ya no existe, la piscina que nunca compartí con mis hijos porque se demolió antes de que ellos llegaran y el análisis más educado que nunca pude hacerle, porque yo no era educado para cuando él ya era maduro.

El Dorado Hilton desapareció porque no sentimos la necesidad de defenderlo, como tampoco defendemos tantos otros nobles edificios de nuestro Modernismo, los que con frecuencia sucumben ante la especulación, siendo borrados permanentemente de nuestro



Entrada principal desde el campo de golf.

DORADO HILTON HOTEL
ENTRADA PRINCIPAL DESDE CAMPO DE GOLF
ARQUITECTO: LEO KORNBLATH & ASSOCIATES

paisaje y eventualmente de nuestra memoria colectiva. Por indolencia permitimos que los sustituyan nuevas propuestas, poco discretas, las que apoyándose en "sobre evaluados" argumentos de eficiencia, nos confunden como espejismos, carentes de autenticidad y franqueza.

El Dorado Hilton, lo perdimos para siempre,

como para siempre perdimos algo de la vida de todos aquellos que alguna vez lo disfrutamos, aunque como yo, fuese por tan sólo unas horas en "lavender".

El autor es arquitecto/socio de Méndez, Brunner, Badillo & Associates y Consultor de La Escuela de Arquitectura, PUCPR. Para comentarios, escriba a luisvbadillo@es.com o a www.mbbarchitects.com.